

ENCUENTRO CON DIOS EN LA *LECTIO DIVINA*³⁰

No se puede decir qué es la *lectio divina* si no se la sitúa en un cuadro más amplio: el de la vida monástica o el de la contemplación en general.

Son conocidas las definiciones de la vida monástica –algunas muy hermosas– pero me parece que ninguna es suficiente. En todo caso, no quisiera que se definiese al monje por la oración: me parece falso. No es que no crea en el lugar que tiene la oración en la vida del monje, pero pienso que no se puede definir por ella al monje.

La oración es una actividad del todo especial, totalmente particular y es menester afirmarlo con fuerza.

Actualmente se da una cierta tendencia a querer que todo sea oración. Me parece peligroso porque bien pronto se llegará a no tenerla. No creo que se pueda decir que trabajando rezo, que cuando hablo con mis hermanos, rezo... (que bajando las escaleras de cuatro en cuatro, ¡rezo también!) No lo creo, y es preciso mantener con firmeza que la oración es una actividad particular, y afirmar, al mismo tiempo, que en la vida del monje, de la religiosa contemplativa, hay otras actividades que no son oración. Se trabaja. Y bien, cuando se trabaja, se trabaja. No rezo trabajando. Lo digo de un modo un poco brutal... pero ustedes me comprenden en qué sentido quiero decirlo; comer, dormir... no son actividades de oración. Lo que me parece importante, en cambio, es que toda la vida del monje esté organizada para que pueda vivir bajo la mirada de Dios, buscándolo de un modo activo. Y esta búsqueda de Dios, esta vida bajo su mirada, engloba toda la actividad del monje, incluida esa particular actividad que es la oración.

Si bien es cierto que la búsqueda de Dios se realiza alguna vez en un clima de súplica, de intercesión, se la hace ante todo en un clima de acción de gracias y de bendición. *El monje es el hombre de la alabanza*, “los que habitan en la casa de Dios”, en la morada de su Reino, son los que dan testimonio de Dios y no se enorgullecen de su buena observancia. “No a nosotros. Señor, no a nosotros, sino a tu nombre, da la gloria”. Una hermosa definición del monje es ésta: “El que glorifica a Dios que obra en él”. No creo que este texto se haya dado como definición del monje en la tradición, pero quisiera retenerlo. Por tanto, éste es el monje: el que hace de toda su vida, de su vida de trabajo, de su vida de relación fraterna, de su vida de oración comunitaria o personal, una acción de gracias. Y pienso en el texto a los *Efesios* (*Ef* 1,12-14): “*Para alabanza de la gloria de su gracia*”. Para esto fuimos llamados a la vida, porque la gloria de Dios es la fuente y el término de toda su obra de misericordia y salvación. La gloria del Padre explica la vida de Cristo y le da sentido. La gloria de Dios es, para san Pablo, el fin de la vida cristiana, y por tanto, de la vida contemplativa. Esta es mi primera afirmación.

En el contexto cristiano, que exige que la llamada de Dios sea lo primero –es importante y específico de la religión cristiana que Dios sea siempre el primero– es preciso hacer de la propia vida una alabanza de la gloria de la gracia de Dios, lo que consiste fundamentalmente en una apertura, en una aceptación de la salvación dada en Cristo Jesús en el Espíritu Santo. Esto quiere decir que la vida del cristiano, la acción de gracias que la acompaña, la sostiene y la lleva a término, no puede ser sino una respuesta a una llamada a un gesto salvífico. La oración cristiana, y en particular la oración de acción de gracias, es una respuesta. No nos adelantamos nunca a Dios. Pienso que no se puede llamar cristiana a una oración que no siga a un gesto de Dios. Estoy enunciando verdades sabidas, pero creo, sin embargo, que es importante recordarlas. No veo el lugar de la *lectio divina* fuera de esta vocación fundamental que es la vocación cristiana a la alabanza de la gloria de Dios.

³⁰ De *Monastica*, julio-septiembre 1977. Tradujo: M. Mectildis C. Santangelo, osb. Abadía de Santa Escolástica, Argentina.

La *lectio divina* es una respuesta o, al menos, no puede situarse sino dentro de una respuesta: es una parte de la respuesta. Responder supone haber escuchado. Es necesario escuchar porque Dios es el primero, porque allí hay en primer lugar una palabra de Dios, ya sea una palabra en el sentido propio del término, ya sea un gesto: en la historia sagrada de Israel todo es palabra de Dios. Dos cosas se ordenan a esta escucha: la posibilidad y el contenido de la *lectio divina*.

Para poder responder es preciso antes escuchar. Todos hemos tenido alguna vez. la experiencia de un diálogo con un sordo. No podía escuchar. El escuchar da la posibilidad de una respuesta verdadera, y al mismo tiempo plasma el contenido de mi respuesta. En el contexto cristiano no puedo responder cualquier cosa. En mi agradecimiento no puedo responder más que con la acción de gracias del mismo Cristo. El contenido de mi respuesta es ya la acción de gracias de Jesucristo.

Escuchar es, pues, el primer paso en mi *lectio divina*.

Escuchar es una palabra importantísima en la tradición espiritual monástica y en la Escritura. La primera palabra de la *Regla de san Benito* es: “*Escucha, hijo, e inclina el oído de tu corazón*”. Una gran parte del *Prólogo* vuelve sobre el mismo tema. Y este tema no implica en el *Prólogo* o en toda la *Regla* una actitud pasiva, por el contrario, prepara el obrar del monje: “*acoge de grado y cumple con eficacia*”. Y ésta es una ocasión para decir que la vida contemplativa, tal como la considera la tradición, no es una vida “ojos al cielo y manos juntas”.

La palabra de Dios que se nos dirige es un mandamiento al que debemos obedecer, es una palabra que me invita a la conversión. Se trata de obrar. Ciertamente contemplo la palabra de Dios, pero no para un “no hacer nada” espiritual. Es una palabra que escucho con el oído del corazón para asociarme a la obra de la salvación, para asociarme a la vida de la Iglesia, a fin de vivir mi vida en comunión y no una palabra para mi beatitud interior, espiritual. Será siempre una palabra de vida, por mi comunión con la Iglesia. Y es una palabra que resuena siempre actual si tenemos el oído atento a la voz de Dios. San Benito dice que esta voz divina llama cada día, *quotidie*. De esta manera se subraya fuertemente la actualidad de la palabra de Dios.

Y ¿qué dice la voz de Dios? San Benito cita el salmo: “*Si oyereis hoy su voz, no endurezáis vuestros corazones*”. La escucha de la palabra de Dios supone no un corazón duro sino un corazón atento. Y si esta palabra de Dios pareciera demasiado exigente, escuchemos de nuevo a san Benito: “*¿Qué cosa más dulce, hermanos carísimos, que esta voz del Señor que nos invita?*”. Mucho habría que decir sobre este “qué cosa más dulce”, que es la secreta puerta de ingreso a la vida monástica y a la vida contemplativa. No hay vida contemplativa sin dulzura de corazón.

Cuando pide al monje que sea el hombre que escucha la palabra de Dios, san Benito se hace eco de la tradición y de la Sagrada Escritura. Escuchar es una palabra que se repite en la Sagrada Escritura como un retorno: “*Escucha, Israel...*”. Tengo la impresión de que el tema del escuchar es, en la Biblia, más fundamental que el de la ley.

Muy cercano al tema del escuchar es el del recuerdo.

Si bien es cierto que continuamente se le pide a Israel que escuche al Señor, también continuamente se le reprocha que se olvide del Señor. Releamos la confesión de las culpas en *Baruc*, capítulo tercero: estos dos términos se entrecruzan continuamente. No han escuchado, se han olvidado.

El tema del olvido en la tradición monástica es verdaderamente fundamental y está ligado al tema complementario de la escucha.

He comprendido, aunque bastante tarde, este texto de la *Regla*: “*Huir del olvido*”. No entendía qué podía significar. Lo he comprendido refiriéndolo a la Escritura. El monje olvidadizo abre la puerta de su corazón a todos los pecados. Y es olvidadizo cuando su corazón está invadido por pensamientos, distracciones, pasiones. Se olvida de su Señor; si tuviese un corazón fiel, no lo olvidaría. Pienso en el

evangelio de san Lucas: “*María conservaba en su corazón*”. Conservar, recordar. hacer memoria: esto es lo que se opone al olvido de Dios, y el olvido es el pecado fundamental de Israel.

Un texto de Diadoco de Foticea dice:

“La vista, el gusto y los otros sentidos gravan la memoria del corazón. Nuestra madre Eva nos lo enseña. Mientras no miró con complacencia el árbol prohibido, conservó cuidadosamente el recuerdo del precepto divino”. Mientras se conserva el recuerdo, mientras se hace memoria, no hay pecado. Por lo tanto, olvidar es el primer pecado. Y el texto continúa: “A la inteligencia humana le cuesta trabajo acordarse de Dios y de sus mandamientos. Por lo que hace a nosotros, no cesamos de fijar la mirada en lo profundo del corazón, en el recuerdo incesante de Dios”.

Este tema del recuerdo de Dios está por tanto ligado al del corazón, al de la habitación del corazón y también a la oración de Jesús, igualmente muy tradicional.

La *lectio divina* se sitúa precisamente allí, donde el monje quiere escuchar a Dios y conservar en su corazón el recuerdo de su Señor: ese es el objeto de la *lectio divina*.

Presentada como escucha y como recuerdo, la *lectio divina* puede ser considerada como la actividad capaz de unificar la vida del monje. Unificar su vida de oración personal y su vida de oración comunitaria, y en cierto modo, unificar su vida entera. Y tenemos una gran necesidad de unificar nuestra vida.

A menudo se opone oración personal y oración comunitaria. Se intenta encontrar el punto de conjunción entre las dos y se tiene la impresión algunas veces de que se insiste más sobre una que sobre la otra. La oración personal –como todo en la vida del monje– no puede ser más que una respuesta. Primero es necesaria la palabra de Dios: las grandes oraciones bíblicas son todas respuestas a la Palabra.

Cierto día pregunta un hermano al abad Macario:

“¿Cuál es la obra más grata a Dios en el asceta y en el penitente?”. Macario responde: “Feliz el que persevera en el nombre bendito de nuestro Señor Jesucristo, incesantemente y con corazón contrito, porque, en verdad no hay en toda la vida cotidiana cosa más agradable que este feliz alimento, si tú lo rumias como una oveja, cuando tironeando la hierba saborea la dulzura de rumiar hasta que la cosa rumiada entre en su corazón y derrame una dulzura y una suavidad placentera a su estómago y a todo su ser”.

Es un magnífico texto; creo, en efecto, que toda la Sagrada Escritura se resume en el Nombre, y en particular, en el Nombre de Jesús. La Sagrada Escritura es “Dios que salva”. Es el gran mensaje contenido en el Nombre en sentido bíblico y, por lo tanto, en la persona de Jesús. Entonces, la oración del monje consiste en rumiar este Nombre bendito. He aquí la *lectio divina*.

Esta rumia hace que la Palabra descienda en mí, suba a mis labios y vuelva a mi interior. Es necesario que yo la rumie, para que ella pueda entrar en mi corazón, y allí, conservarla y recordarla. Es preciso que sea de tal modo mascullada por mis labios que se asimile a mi sustancia, que se convierta en mi propia vida. ¿Por qué? Porque la Palabra destila dulzura. Es menester volver a gustar cuán dulce y suave es el Señor y que se redescubra el tema de la dulzura. No hay *lectio divina* sin una cierta dulzura. Pienso, a este propósito, en el himno “*Jesu dulcis memoria*”. JESÚS es el nombre que resume toda la Escritura, y que debo conservar en mi memoria, en la dulzura de mi memoria.

Si he conservado la palabra de Dios en mi oración personal es para que esta Palabra se torne suavidad de mi corazón y pueda yo volverme en ella “dulcemente” alabanza de la gloria de Dios. En mi oración personal, debo unificar mi vida en torno a la Palabra.

“Si soy yo el que fijo el lugar donde he de encontrar a Dios –escribía Dietrich Bonhoeffer– encontraría siempre un Dios que en cierto modo se aviene a mí, un Dios que va de acuerdo con mi naturaleza. Pero si es Dios el que establece el lugar del encuentro, en ese caso, será un lugar que de momento no es agradable a la naturaleza, que no es enteramente de mi gusto. Este lugar es la cruz de Cristo, y el que quiera encontrarlo debe dirigirse al pie de la cruz, como lo exige el sermón de la montaña. Esto no concuerda en absoluto con mi naturaleza, al contrario, le es enteramente opuesto. Pero éste es el mensaje bíblico, no sólo del Nuevo Testamento, sino también del Antiguo. Y si me permiten, haré una confidencia personal: desde que considero la Biblia como el lugar que Dios me ofrece para encontrarlo, voy cada día de maravilla en maravilla. La leo de tarde y de mañana, y a menudo durante el día medito un texto que elijo para la semana, y trato de sumergirme profundamente en él, tratando de entender verdaderamente lo que ahí se dice. Sé que sin esto no podría ya vivir verdaderamente, y, ciertamente, no podría ya creer...”.

Esto es la *lectio divina*... Escuchar verdaderamente, sumergirse, hundirse, vivir, creer. Y es esta *lectio divina* la que se convierte en el corazón de mi plegaria personal.

La *lectio divina* es también el corazón de la oración litúrgica, porque el Oficio no es otra cosa que una celebración de la palabra de Dios, y el canto de los salmos, en la tradición litúrgica, es una preparación para escuchar la palabra de Dios.

Al llegar aquí sería necesario hacer una reflexión teológica sobre la oración de bendición en la Escritura y su nexa con la *lectio divina*. En realidad toda la oración bíblica es oración de bendición, y cuando digo que la vida contemplativa es una vida de alabanza, quiero decir que es vida de bendición. La oración personal que es oración de bendición supone en el hombre de la Biblia el encuentro con el acontecimiento maravilloso. Para nosotros, este encuentro se produce en la lectura de la Palabra de Dios. Pero la oración de bendición, que es la forma personal de la oración en la Escritura, es también la forma colectiva de la oración. ¿Qué es la Eucaristía? Es la oración de bendición por excelencia. Es el memorial del Señor Jesús. Ahora bien, la Eucaristía es una oración comunitaria, modelo de toda oración. De aquí deriva la importancia de la palabra de Dios en la celebración eucarística. La palabra de Dios hace presente el memorial del Señor.

La *Regla* de san Benito concedía igual tiempo a la *lectio divina*, al trabajo y a la oración comunitaria. Hoy se ha quebrado este equilibrio. Es preciso encontrarlo nuevamente, aunque habrá de ser reconstruido de modo diverso. En estos últimos tiempos se ha insistido mucho sobre el lugar que ocupa el trabajo, y esto es importantísimo en una civilización técnica. Hemos devuelto al trabajo su verdadero puesto: en primer lugar, por dignidad, luego porque debemos ganarnos el sustento. Pero la vida es difícil cuando se tiene que trabajar para vivir. La vida es dura y no se puede trabajar sólo dos horas por día. Es necesario reconocer esta dificultad... el peligro del activismo... etc. Y sin embargo, es menester que nosotros, los contemplativos, volvamos a encontrar en nuestras comunidades, a pesar del trabajo, un lugar para el tiempo libre.

Al decir esto no quiero escandalizar: en la espiritualidad monástica siempre se ha tratado del *otium monasticum*. Ese era el lugar para un “reposo monástico”. Es necesario que volvamos a encontrar este lugar porque nos encaminamos hacia una civilización de “tiempo libre”. En esta “distracción” hay evidentemente una parte de distensión humana, indispensable para las psicologías un poco más frágiles, pero la *lectio* ocupará un puesto importante en dicha “distracción espiritual”.

Esto es importante en la vida del monje y puede ser para él ocasión de descubrir muchas cosas. No se dará nunca un verdadero encuentro sin un intervalo reposante. Dos seres que se aman se encuentran en los momentos libres, y nosotros amamos al Señor... Es necesario que seamos capaces de tornarnos aquello que Pierre Emmanuel llama “*un être de loisir*”. Expresión esta fácil de “monastizar” porque el monje es un “ser de reposo” para Dios. Nuestra vida es una gratitud para Dios.

Sin distracción, sin reposo, sin tiempo libre, no hay ritmo de tiempo: todo pasa. Este reposo es el que ritmará el tiempo. La Iglesia lo sabe bien, ya que está por sensibilizarse a una pastoral de la distensión. En la línea de esta pastoral, hemos iniciado en nuestro monasterio jornadas de “reposo espiritual”. Y bien, durante estos días, la gente es extraordinariamente receptiva. ¿No tendrá acaso nuestro mundo alguna vez casas donde encontrar un espacio de distensión espiritual? ¿No será necesario encontrar un nuevo modo de vivir en el cual este reposo espiritual tenga su lugar? ¿Será tal vez ésta la misión de los contemplativos: dar al mundo el verdadero sentido de la distensión?

Se dice que los monjes han evangelizado a Europa. Y es verdad. Hoy no evangelizamos con el trabajo, ni con el cultivo de los campos (no nos pertenece más) pero me pregunto si no hay algo que hacer para evangelizar el tiempo libre del mundo. Y si no estamos atentos, estas distensiones espirituales se crearán al margen de la vida contemplativa, y sería de lamentar.

Otro asunto del que quiero tratar es el de la mentalidad actual fuertemente comunitaria –y diciendo esto creo alabarla–. Habría que decir “colectiva”. Los jóvenes que nos llegan hoy tienen un espíritu fácilmente colectivo, que puede muy pronto devenir comunitario.

Pienso que la *lectio divina* personal debe conservarse. Es preciso que los monjes, los contemplativos, sepan estar solos, vivir en soledad, meditar solos. No hay contemplación sin silencio y soledad, y esto puede costar mucho a los jóvenes. Pero es necesario formarlos para la soledad, de lo contrario nunca serán contemplativos. Por otro lado, es preciso tener en cuenta su sensibilidad y encontrar modos comunitarios para la *lectio divina*. No hay que protestar diciendo: “¡no es tradicional!”. No estoy muy seguro de que no lo sea. En el monacato pacomiano, que es pre-benedictino, los monjes hablaban todas las tardes entre ellos de la palabra de Dios. Hoy, los grupos de Evangelio pueden ciertamente ayudar a encontrar esta tradición común de la *lectio divina* aún para los solitarios. ¡Y no es una “herejía” que los hombres y mujeres que gustan de la palabra de Dios puedan comunicársela!

¿Cómo conciliar comunión y soledad? Es un problema delicado de resolver porque una y otra son necesarias.

En nuestra comunidad se desarrolla también la vida intelectual. *Lectio divina* y vida intelectual están muy ligadas. Punto importantísimo: la *lectio divina* se hace con la Escritura, que es el texto privilegiado, o bien con los Padres, que conducen a ella. Sería muy oportuno profundizar el texto conciliar *Dei Verbum*. De todos modos, no podemos sustraernos sin peligro a las riquezas exegéticas y teológicas de nuestro tiempo.

En el campo de la exégesis se ha realizado en los últimos tiempos una labor considerable, que aunque discutible en algunas publicaciones, sería sin embargo lamentable desaprovechar; tanto más que para leer hoy la Sagrada Escritura existe una mentalidad nueva, y no siendo sensible a esta mentalidad, se arriesgaría, a mi parecer, condenar nuestro esfuerzo por la *lectio divina* a ser una simple restauración.

Se leía antes el Antiguo Testamento como la prefiguración del Nuevo; hoy la mentalidad ha cambiado y se mira el Nuevo Testamento como la continuidad del Antiguo. La sensibilidad intelectual con la que se encara un texto –así fuese la Sagrada Escritura– cambia completamente el fruto de la lectura... Si queremos dar a la palabra de Dios un gran lugar en nuestra vida, es importante que seamos sensibles a toda esta investigación contemporánea. Ciertamente la exégesis tiene sus límites, pero no se la puede dejar de lado.

También es muy importante para la *lectio divina* la preparación teológica. No se puede dissociar la *lectio divina* de las corrientes actuales del pensamiento de la Iglesia. No tenemos derecho a vivir al margen de las investigaciones científicas de nuestro tiempo.

Dice Tomás Merton:

“Hoy, el testimonio de los contemplativos, apropiado a un género de cultura diferente, particularmente irreligiosa, ha tomado un sentido diverso. Es necesario aprender a distinguir entre religiosidad y cualidad del discípulo de Cristo. La religión formaba parte esencialmente de la cultura medieval. La irreligión es parte esencial de la cultura moderna. La vida contemplativa debe, en consecuencia, ser comprendida no como un conjunto de observancias religiosas que adopta las actitudes devotas de una sociedad perimida, sino como una experiencia y un testimonio vivo. La ausencia de religión compromete a ser verdadero discípulo de Cristo y a una autenticidad de vida cristiana”.

El contexto areligioso en el que vivimos condiciona la palabra de Dios. Esta Palabra ya no cae hoy en un mundo creyente porque el ateísmo contemporáneo incide sobre la juventud y es en esta juventud en la que debemos pensar.

Landévennec, Francia

*¡GLORIA. SEÑOR, A TU GRACIA,
QUE NO CONOCE MEDIDA!*

Isaac de Nínive